
...Y LAS TINIEBLAS NO PREVALECIERON CONTRA ELLA

(JUAN 1:5)

Desde hacía algún tiempo yo había estado planeando regresar a Inglaterra. Tenía varias razones para hacerlo. Primero estaba Stewart, y quería reunirme con mi hijo. Ya le había hecho varias llamadas. Me da gusto decir que ahora Stewart vive en Florida con su esposa, y que tenemos una relación más unida.

Segundo, estaba ansioso de testificar en Londres a mis conocidos antiguos de la Asociación Espiritista. Por último, tenía curiosidad por saber qué había pasado con Jeff Miller, y quería mucho conseguir de él las fotografías de los fenómenos síquicos que habíamos tomado en el cuarto de sesiones espiritistas.

Así fue que en noviembre de 1974 tomé mi primer vuelo transatlántico a Inglaterra, ya que antes había viajado por mar. Volé de Portland a Chicago, donde abordé un vuelo de Trans World Airlines a Londres. Muchos pensamientos cruzaron mi mente durante aquel viaje. Me preguntaba

cómo me aceptaría mi hijo y cómo se vería. No lo había visto en diez años; ahora tendría 26 años. También estaba pensando en reunirme con Jeff Miller. Aquel pensamiento me trajo temores, en especial cuando recordaba las cartas amenazadoras que había recibido de aquel círculo satánico.

El avión aterrizó en el aeropuerto Heathrow en Londres y tomé un autobús a mi hotel en Ilford, un suburbio justo afuera de la ciudad. Allí me encontré con Stewart y pasamos varios días felices juntos. Entonces tuve la tarea incierta de confrontar a algunos de mis antiguos amigos de mis días en el espiritismo.

Armado con folletos y oraciones, tomé mi camino a 33 Belgrave Square, la dirección de la sede de la organización espiritista más grande del mundo. Encontré a varios antiguos conocidos y, después de intercambiar unos comentarios amenos, me dediqué a la tarea de mostrarles la Palabra de Dios en cuanto al espiritismo. Puedo resumir el resultado de aquella cruzada al decirle la respuesta que me dio el presidente de la Asociación Espiritista de Gran Bretaña, el Sr. Hunter Macintosh.

Después de que él rechazara la Palabra de Dios acerca del espiritismo, le cité al Sr. Macintosh: "Hay camino que al hombre le parece derecho," y, antes de que pudiera terminar mi declaración, el Sr. Macintosh me dijo: "No me cites la Biblia. Sé que 'Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte'" (Proverbios 14:12). Prosiguió diciéndome que la Biblia había sido distorsionada para favorecer el caso en contra del espiritismo y, además, los espiritistas adquieren la verdad de la vida después de la muerte en las sesiones espiritistas de ministros que han muerto.

El apóstol Pablo dijo:

..(aquel) inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad

para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira" (2 Tesalonicenses 2:9-11).

Cuán verdadera es esta declaración. Lamento que Hunter Macintosh sea un ejemplo típico de la creencia espiritista. Me fui muy entristecido.

Se estaba acabando mi tiempo en Londres y todavía no había localizado a Jeff Miller. Encontré una iglesia local cerca del hotel donde me hospedaba y decidí asistir. La gente fue amable e inquirió de dónde venía yo. Les di el folleto publicado por Life Messenger (Mensajero de Vida) acerca de la historia de mi vida. Una familia mostró interés y me invitó a su casa para comer. Les expliqué mi misión y les dije cuan ansiosa estaba por encontrar a Jeff Miller. Pasé la mayor parte del día contándoles mis experiencias en el espiritismo, especialmente el involucramiento intrigante con Jeff. Mi recién encontrado amigo cristiano dijo que me ayudaría a encontrar a Jeff al día siguiente. Me estaba desesperando porque tenía que regresar a los Estados Unidos el martes; por lo tanto, le agradecí su ofrecimiento.

Al día siguiente, después de su trabajo, mi amigo me llevó en su coche, y fuimos a Darel Road, Stoke Newington. Localicé la casa y toqué la puerta. Un extraño contestó y nos dijo que la familia Miller se había mudado y no dejó la dirección. La gente de lado tampoco conocía su paradero.

Sólo quedaba un eslabón y éste era Joe Coleman, el anciano que asistía a las sesiones espiritistas esperando saber de su difunta esposa. Esto significaba un viaje hasta Hackney, un pueblo a ocho kilómetros de distancia. Entonces comenzó una búsqueda de dos horas. Londres había cambiado; se habían construido nuevos apartamentos y era difícil para mí recordar lugares cerca de donde Joe había vivido. Casi iba a rendirme cuando descubrí un pequeño pasillo que llevaba a una pequeña iglesia. ¡Eso era! La casa de Joe Coleman estaba detrás de la iglesia. Estaba emociona-

do al caminar por el pasillo y encontré la casa de Joe.

Al principio Joe no me reconoció. Pero después nos invitó a pasar y le visité un rato. Joe le relató a mi amigo sus aventuras en el espiritismo, las cuales yo ya se las había narrado. Luego nos dijo dónde Jeff vivía. Y también nos dijo que la madre de Jeff había muerto en un accidente en 1974. Pero las noticias más interesantes eran que Jeff estaba siendo usado ahora por los espíritus para cirugía síquica. Nunca había yo visto este fenómeno, ni quería verlo. Pues había visto suficientes de las materializaciones ectoplásmicas para aceptar fácilmente la realidad de ello.

Pregunté a Joe Coleman si tenía algunas fotos. Me dijo que Jeff tenía todas las fotos y, en cualquier caso, tendría que conseguir permiso para obtenerlas del Sr. Richards, el espíritu demonio que todavía controlaba a Jeff Miller. Mi nuevo amigo estaba aprendiendo rápidamente acerca del control que Satanás tiene sobre las vidas de las gentes.

Pero el tiempo apremiaba, y necesitaba ver a Jeff. Eran cerca de las 11:30 p.m. Jeff no se había cambiado muy lejos de su otra casa; por lo tanto, llegamos antes de la medianoche. Tocamos el timbre y, después de lo que parecía una eternidad, pude oír a alguien bajar las escaleras, gritándonos con enojo. Éste fue mi primer encuentro con Carol, la esposa de Jeff.

Le expliqué quién era yo y que salía para los Estados Unidos al día siguiente. Ella estaba muy enojada, pero nos permitió seguirla por la deslucida escalera de caracol hasta el piso superior. De repente, se volteó y dijo: "Ahora recuerdo; tú eres aquel que salió de la sesión espiritista". Mi amigo me miró y murmuró, reconociendo lo que yo le había contado de la experiencia aterradora que tuve en mi última sesión espiritista.

Entramos en el pequeño apartamento, y a Jeff le dio mucho gusto verme. Le dije que yo era un ministro cristiano, pero nunca dejé ver que estaba en contra del espiritismo. Debo admitir que me daba vergüenza que no le dijera esto.

Sentí que necesitaba más tiempo y también estaba ansioso para obtener las fotos de las materializaciones. Éstas eran importantes para mí como otra evidencia para los cristianos de la realidad de estas cosas.

Le pregunté a Jeff si me podía dar las fotos para llevar y mostrarlas a mis amigos en América. Jeff dijo: "Lo siento, Ben, tendré que pedir permiso al Sr. Richards". No podía esperar a que Jeff entrara en un trance para hablar con uno de los discípulos de Satanás, así que le di mi dirección en América, y él prometió enviarme las fotos si el Sr. Richards lo aprobaba.

Estaba desilusionado y me despedí en contra de mi voluntad. Entretanto, mi conciencia me estaba molestando. Aquí había un alma en las garras de Satanás, y no había ofrecido a Jeff Miller la salida. Había permitido a Satanás que me metiera miedo.

Al poco tiempo de haber regresado a América le escribí a Jeff y le envié toda mi literatura acerca de lo que dice la Biblia sobre el ocultismo. También le invité a venir y quedarse conmigo en América. Jeff no contestó. No supe el resultado de aquella carta hasta cinco años después, cuando regresé de nuevo a Inglaterra.

El pensamiento de Jeff y su situación me perturbaban constantemente. Desde que él no contestó mi carta, estaba preocupado por cómo la habría recibido. También debo admitir que estaba nervioso. Estaba seguro que las entidades espirituales que controlaban a Jeff harían todo dentro de sus poderes para destruirme.

Por fin, cinco años más tarde, sin poder hacer caso omiso a mi conciencia ya más, comencé a hacer planes para regresar a Inglaterra. Vería a Jeff Miller cara a cara y le diría cómo estaba siendo usado por Satanás. Ron Sunseri estuvo de acuerdo en acompañarme. Consideraba aquello un viaje de búsqueda de hechos y pensaba llevar un diario. En diciembre de 1979 volamos a Londres.

Nuestros planes requerían que yo hablara en varias igle-

sias en Londres y Birmingham. Fred Miller, un misionero en Inglaterra, nos recibió en el aeropuerto y nos llevó a su casa e iglesia en Streatham. Su esposa, Charlotte, fue muy amable y nos cuidó bien. Hicimos de Streatham nuestra sede, y hablé en varias iglesias mientras estaba en Londres.

Mi tarea más importante era ver a Jeff Miller otra vez y, por eso, con sentimientos encontrados Ron y yo nos encaminamos al Lado Este de Londres. Decidimos primero visitar a mi antiguo amigo, Joe Coleman, y averiguar con él la reacción de Jeff a la carta que le había enviado hacía cinco años. Esta vez, no se me hizo difícil encontrar la casa de Joe.

A Joe le dio gusto verme. Ron preguntó si podía grabar lo que se decía porque tenía interés en los fenómenos síquicos. A Joe le complació mucho cooperar. Joe nos dijo que, cuando se murió la Sra. Miller, los fenómenos de materializaciones cesaron por completo, y que Jeff estaba siendo usado para la cirugía síquica. Luego, Joe sacó un frasco pequeño con algo que parecía un pedazo de carne en alcohol. Tengo que confesar que nunca había visto a Jeff ejercer la cirugía síquica, pero, como he dicho antes, después de atestiguar muchos milagros satánicos, no encontré ninguna dificultad en aceptar aquello como un hecho.

Joe nos dijo que la esposa de Jeff, Carol, ya no asistía a las sesiones espiritistas porque se enfermaba al ver la sangre. Dijo que Jeff mismo no aguantaba tampoco ver sangre. Jeff nunca veía cómo se llevaba a cabo las operaciones porque estaba siempre en trance. Cuando se terminaba todo y él había salido de su trance, habría sangre en sus manos. Jeff había empezado a tomar, y los espíritus guías podían usarlo más fácilmente porque tenía poco o ningún control sobre sí mismo.

Dejamos la casa de Joe Coleman y nos encaminamos a Stoke-Newington, donde vivía Jeff. Tocamos varias veces el timbre, pero nadie contestó. Por fin, una pareja que estaba saliendo abajó nos dijo que podríamos encontrar a Jeff en el piso superior. Ron y yo subimos las escaleras y tocamos la

puerta. Jeff contestó y, para alivio mío, me abrazó como a un amigo antiguo.

Después de presentar Ron y Jeff, el uno al otro, Jeff comenzó a desahogarse. Se disculpó por estar un poco tomado y nos dijo que la vida le significaba muy poco ahora. Dijo que, si tuviera sólo cinco minutos más de vida, los espíritus lo usarían. Se quejó de que estaba siendo atormentado constantemente y que su vida estaba completamente controlada por las entidades espirituales. Pondría un casete en una grabadora, oprimiría la tecla de grabar y entraría en un trance. El espíritu hablaría por medio de él a la grabadora y le daría instrucciones sobre cómo vivir. Ron y yo sentimos mucha pena por esta pobre alma.

Le dije a Jeff que la razón por la cual había venido a verlo otra vez era porque la última vez que nos habíamos visto no tuve el valor de decirle que el espiritismo era del diablo. Ahora había venido para decírselo cara a cara. Jeff me dijo que, cuando recibió mi carta, los espíritus que le controlaban estuvieron bufando de cólera y le dijeron que fingiera que se haría cristiano y aceptaría mi invitación de ir a América. Entonces, en un momento oportuno, cuando Jeff y yo estuviéramos a solas, los espíritus tomarían a Jeff con una entidad salvaje y, mientras él estuviera en un trance, me quitarían la vida.

Bajo la influencia de un espíritu maligno, Jeff escribió una carta, aceptando mi invitación. Llevó la carta al correo e hizo fila para que la pesaran. Mientras estaba en la fila, se sintió nervioso de repente y trató de encender un cigarrillo. Prendió fósforo tras fósforo, pero no pudo encenderlo. Estuvo en sexto lugar en la fila cuando entró. Para cuando llegó a estar en segundo lugar, sintió tanta vergüenza que salió y nunca envió la carta. Yo creo que Dios, en su providencia, se aseguró que Satanás no me tendría aquel día.

Jeff luego nos dijo que tenía que salir pronto porque tenía una sesión espiritista al otro lado del pueblo. Dijo que tenía que ir a la fuerza porque era su única manera de ganar

dinero para mantenerse. Ron y yo, le ofrecimos dinero para evitar que fuera a la sesión espiritista. Jeff estuvo de acuerdo en quedarse, y pasamos todo el día orando y enseñándole acerca de Jesús.

Hacia la tarde, Carol regresó a casa. Jeff nos advirtió que ella no nos hablaría hasta haber tomado una taza de té. Explicó que ella odiaba su trabajo y necesitaba un tiempo a solas hasta recuperarse un poco. Cuando Ron y yo primero la vimos, pensamos: “¡Qué mujer tan pobre y desgraciada, y qué manera de vivir!”

Es cierto que Carol era una mujer muy desdichada. Casi no nos habló y cuando lo hizo pasó casi todo el tiempo quejándose. Sugerí que, en vez de que ella cocinara, nos gustaría llevarlos a cenar. Esta idea la animó y los llevamos a un restaurante judío. Allí tuvimos la oportunidad de conversar de una visita a América y como podrían involucrarse en el camino cristiano. A ambos les gustó la idea. Creo que sospechaban porque les habíamos pedido las fotografías del ectoplasma emanando del cuerpo de Jeff. Jeff nos dijo que nos las daría cuando llegaban a los Estados Unidos. Les aseguramos que no teníamos ningún motivo ulterior más que verlos a ambos venir a Cristo. Aquella tarde salimos, alabando al Señor y esperando rescatar los dos del dominio de Satanás.

Ron y yo pasamos un largo rato arrodillados aquella noche. La noche siguiente visitamos a Jeff y Carol y les explicamos la batalla en que estaban involucrados. En Efesios 6:12, el apóstol Pablo explica que nuestra lucha no es contra seres humanos, sino “contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. Por otro lado, existe el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo; la mente del hombre es el campo de batalla entre estas dos fuerzas. Expliqué que, para poder ser liberados de este trayecto de Satanás, tendrían que obedecer el evangelio.

Admitieron que necesitaban arrepentirse, pero

rehusaron firmemente ser bautizados. Mientras les estuvimos testificando reconocí, por la expresión de la cara de Jeff, que él estaba entrando en un trance. De pronto, un cuadro que estaba colgado en la pared se zafó y voló unos metros por el cuarto y cayó al piso al lado de Jeff.

Jeff lo levantó con calma y dijo con voz, de trance: "El Sr. Richards quiere hablarnos". Carol saltó de su asiento y se acercó y lo sacudió de su trance. Ron estaba viendo por primera vez algo que yo había experimentado por años. Su cara estaba tan blanca como una sábana y se notaba el miedo en sus ojos. Después él me dijo: "Ben, yo siempre te creía, pero, cuando vi aquel cuadro volar a través del cuarto, me confirmó todo cuanto me habías dicho".

Satanás estaba haciendo todo lo que podía para no soltar el alma de Jeff. Ron y yo oramos. Estábamos confrontando al enemigo cara a cara. Estábamos invadiendo su territorio, pero estábamos decididos a ganar a esta pareja para Cristo. Terminamos nuestra lección y Satanás mismo proveyó la ilustración para nosotros. Ganamos la batalla aquella noche por causa de Cristo. "Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo" (1 Juan 4:4)

Presentamos a Jeff y Carol con Fred y Charlotte Miller, los misioneros que nos habían alojado, con la esperanza que asistirían a su iglesia. Sin embargo, dieron el pretexto de que era muy lejos de su casa. Ron y yo decidimos que, una vez que Jeff y Carol vinieran a América a un ambiente cristiano, las cosas serían más fáciles.

Finalmente, nos despedimos de Jeff y Carol con la promesa de boletos de avión para que pasaron unas vacaciones en América. Carol debería telefonarme de Inglaterra para avisarme cómo progresaban sus planes. Por supuesto, insistimos en que Jeff ya no hiciera contactos con el mundo de los espíritus. Nos prometió fielmente que cooperaría con nosotros en este asunto.

Ron y yo regresamos a América con sentimientos encontrados. Sentimos felices porque habíamos testificado de

Jesús, pero no totalmente satisfechos porque Carol y Jeff todavía no habían entregado sus corazones a él. Sin embargo, sentimos que no todo se había perdido.

Después de una semana, Carol llamó de Londres para decirme que Jeff tenía una gran lucha para dejar de ser controlado por los demonios. Dijo que, cuando él sentía a espíritus cerca de él, llevaba a caminar al perro. Yo estaba muy preocupado y comencé a involucrarme mucho emocionalmente. Comencé a orar en una manera que nunca había hecho antes. Derramé lágrimas en la intimidad de mi oficina y sentía una responsabilidad muy grande de estar al lado de este hombre. Económicamente, esto era imposible, no tenía dinero y me sentía muy frustrado.

Carol llamó varias veces de Inglaterra, y sentí que las cosas no iban nada bien. Hablé sobre estos problemas con dos amigos de la iglesia, llamados Henry Doss y John Goodman, y ellos me ofrecieron el dinero para ir a Inglaterra. Les di las gracias de todo corazón.

Telefoneé a Ron Sunseri en Oregón para decirle lo que había sucedido y iba a ir a Inglaterra. Dijo: "Ben, te encontraré en Chicago. Voy contigo". Así que, una vez más, armados con el evangelio, nos preparamos a confrontar a Satanás. Estábamos más decididos que nunca.

Jeff y Carol se sorprendieron de tenernos de regreso. Jesús usa a gente para alcanzar a otros y Carol no podía más que ver, a través de nosotros, cuánto interés Jesús tenía en sus almas. Aquella noche en Londres, una vez más les enseñamos el evangelio.

De repente, en medio de nuestra enseñanza, Carol saltó de su asiento y dijo: "¡Quiero ser bautizada ahora mismo!" Ron bautizó a Carol y yo bauticé a Jeff. Las palabras no pueden expresar las emociones que todos sentimos aquella noche. En nuestras mentes sentimos la dulce victoria que se encuentra en Jesús.

Esta vez Ron y yo regresamos a casa completamente felices. Anticipamos con muchas ganas que Carol y Jeff

vinieran a vivir como nuevos cristianos en América. Estábamos emocionados por ellos y por todas las posibilidades de su nueva vida. No teníamos ninguna preparación para el dolor de corazón y la desesperanza que traerían los siguientes seis meses.

La llegada de Jeff y Carol coincidió con la emigración de mi hijo de Inglaterra. Stewart llegó sólo un día antes de los Miller. Desafortunadamente, Stewart y Jeff nunca se llevaron bien, y como todos vivíamos en la misma casa, había mucha tensión en la atmósfera.

No obstante lo que tratáramos de hacer para remediar las cosas, nunca satisfacían completamente a Jeff y Carol. Pedían algo, suplíamos su necesidad, y luego se quejaban o exigían algo más. Mi familia aguantó los seis meses más infelices de nuestras vidas. Era inconcebible que dos personas podían ser tan exigentes.

La situación se deterioró constantemente y culminó en el regreso de Jeff y Carol a Inglaterra y al espiritismo. En un diario que Jeff dejó escribió unas razones por su infelicidad. Jeff había seguido poniéndose en contacto con los espíritus después de su bautismo y estaba todavía dirigido por ellos. Esto recuerda a la parábola del sembrador en Lucas.

Desde aquel momento, concentré todas mis fuerzas y esfuerzos en hacer una cruzada en contra de las tentaciones y engaños de Satanás. Estaba decidido a ganar del Maligno a cuantas almas posibles que, como Jeff Miller, habían caído presas a su engaño.